

La Región como tema y como contexto intelectual en Tomás Carrasquilla

EDISON NEIRA PALACIO
Universidad de Bielefeld (Alemania)

En enero de 1928 confiesa Eduardo Castillo que su imagen de Tomás Carrasquilla (1858-1940), finalizando el siglo XIX, era la de un escritor incapaz de «comprender todo lo que, en literatura, no había nacido a la sombra del campanario de su parroquia». El prejuicio de Castillo se desvaneció, según él, cuando aquél recitara varios versos de D'Annunzio en italiano y en especial *O Giovinezza*. Lo que para Castillo significó el derrumbe de un supuesto provincialismo en Tomás Carrasquilla, no fue más que la constatación del suyo propio mediante una elocuencia «humanista» que lo lleva, para impresionar al lector, a citar su traducción al español del poema declamado que tanto lo fascinó para con ello hacer explícito que él también sabía italiano y que además conocía al poeta en mención. La muy generalizada confusión entre «lo regional» y «lo provinciano» ha originado en el interior de la opinión pública, de los artistas y más aún de los académicos, reacciones snobistas y científicas que mediante la *elocuencia* se agotan en la carrera por hacer parte de lo «novedoso» y de lo «universal». Regionales son tanto el provincialismo como el universalismo y regionales son también el snob en su desesperación por la novedad y el científico en su delirio de vincular todo tema mundano con todo tema clásico o de moda. Un ejemplo más lo proporciona Jorge Zalamea quien en *Tomás Carrasquilla y la literatura colombiana* (1948), se empeña en hacer una defensa del escritor antioqueño, que, como en el caso de Castillo, termina siendo una oportunidad para desplegar su elocuencia de manual y afirmar, no sin dejar de presentar una procesión de ejemplos, que no hay ningún pueblo ni accidente natural sobre la faz de la tierra que supere la belleza de Colombia. De otro lado,

contradictoriamente, emprende un peregrinaje a las tierras de la sabiduría donde «topa» con la aprobación de «Mr.» David Arthur Thompson, quien «en su casita campesina, por los lados de Ipswich, entre las colinas y el mar» lo llevó a descubrir que Tomás Carrasquilla existía y que además, poseía humor en su literatura. Lo trágico de esta «defensa» frente al resto de escritores colombianos —que buscaban prevenir al crítico inglés, según Zalamea, aduciendo la enfermedad del localismo en Carrasquilla—, es no sólo que ella se refugie, para efectos de blanqueo, en el nombre y la patria del ciudadano británico, sino que recurra de manera sistemática a una multitud de autores y de lugares en lo que queda claro que Carrasquilla es el pretexto para que Zalamea haga la apología de sí mismo. No hay peor defensor que aquel que termina por hacer de la víctima un instrumento y un anónimo.

Hacia 1896, el modernismo hispanoamericano representaba una institución literaria continental que había dado cuenta de un discurso secular y de la capacidad de *la inteligencia americana* para tematizar y hasta remedar la cultura europeo-occidental. Un hecho tan representativo de cosmopolitismo, sumado al pasatismo de los costumbristas y al humanismo de manual que abrieron Miguel Antonio Caro, Guillermo Valencia y *La Gru-ta Simbólica*, restaban fuerza a los escritores que buscaban en lo regional, un tema literario igualmente secular, pero que no se limitaba a hacer de la literatura una reproducción del hedonismo hacendado de las elites gobernantes. En sus alusiones a Carrasquilla como pasatista y arcaista (1972), el izquierdismo literario de Ángel Rama (1926-1983) naufragó en el epíteto. O el crítico uruguayo no leyó al escritor antioqueño o algún estructuralismo u obsesión semiótica le impidieron entenderlo. Es poco probable que el lenguaje utilizado en sus obras haya impedido observar problemáticas no sólo de orden universal, sino continental, ya que su aplicación del lenguaje, sea este local o castizo, está determinada por las «necesidades literarias de cada momento»¹. Como se observa en algunos apologistas de aquella región, la recurrencia al pasado como categoría a perpetuar, se reduce al elogio de un «temperamento» y una «raza» supuestamente únicos. En *la Antioquia de Antaño* (1938) de Laureano García Ortiz, es un ejemplo de aquellas obras que sólo dejaron al descubierto las dimensiones de un provincialismo institucionalizado que contribuiría a enturbiar la

¹ *Homenaje a Tomás Carrasquilla*, Revista de las Indias, Vol. I, No. 1, Bogotá, julio de 1936, pág. 16.

recepción de la obra de Carrasquilla. El autorizado «crítico», hace gala de aquella enfermedad parroquial, cuando presenta el «servirse así (sic) mismo» del conquistador ante la hostilidad del medio natural, como «el secreto de la fuerza y de la moralidad de la raza antioqueña»². El punto era común y aparentemente contribuía al propósito literario de Carrasquilla. En *La Marquesa de Yolombó* (1926), este escritor documenta una realidad completamente opuesta a la cualidad conquistadora que exaltara García Ortíz. Allí nos encontramos frente a una Antioquia colonial degradada que vegeta y se desintegra y en medio de ella una figura de excepción como la marquesa, Bárbara Caballero, quien con sus anhelos de progreso e ilustración y su buen trato a los esclavos, corresponde históricamente a los planes reformadores y de ilustración de un Mon y Velarde. Yolombó, una especie de Orbajosa, es presentada galdosianamente como una «fracción insignificante de un municipio de quinto orden» donde «la abolición de la esclavitud, el aburrimiento, la incuria del caído, el abandono, acabaron con lo poco que ahí quedaba»³.

En la segunda mitad del siglo XVIII se había establecido en Antioquia la enseñanza del latín. Ésta no llegó nunca a vincularse con una teología científicamente concebida ni con una aplicación estructural al desarrollo de las ciencias del espíritu. Desde entonces se llegó a aprender mucho de gramática y poco de latín. No se llega a constituir la latinística ni otras Ciencias de la Cultura determinadas por una comunidad de lengua como la anglística, la germanística o la romanística, por ejemplo. Pero estas deficiencias no eran suficientes, la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, desvaneció los incipientes esfuerzos de Marcelo Gómez de Abréu, José Orrego y José Antonio de Posada, quienes abrieron aulas para la enseñanza del latín y otras materias en Medellín, y donde, como lo informa Manuel Uribe Ángel en 1881, los jóvenes que asistían a la iglesia de la Veracruz donde «enseñaba» José Félix de Restrepo, «aprendían a traducir el Concilio de Trento, la *Historia Sagrada*, y acaso uno que otro trozo de clásicos latinos»⁴. Más tarde el

² L. García Ortíz, *En la Antioquia de Antaño*, Boletín de Historia y Antigüedades-Academia Colombiana de Historia, Vol. XXV, No. 279, Bogotá, enero de 1938, pág. 2.

³ T. Carrasquilla, *Obras Completas*. Ed. Bedout. Medellín. 1964, pág. 21. En adelante se citará como TC OC.

⁴ M. Uribe Ángel. *Obras Completas*. t. 3. Medellín. 1979, pág. 266; ver también del mismo autor *Geografía General y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia* (París, 1885). Autores Antioqueños, V. 11. Medellín. 1985, págs. 129-132.

Oidor Juan Antonio Mon y Velarde observaba, al lado de la usura del comerciante frente al minero, la postración cultural y material de aquella Colonia moribunda, cuando se conmueve ante la «total falta de instrucción» que observaba en la población de Antioquia hacia 1783. La ignominia a que estaba reducida aquella sociedad que Carrasquilla retrata, puede constatar en las observaciones que Alejandro López (1876-1940) formula en *Problemas Colombianos* (1927), cuando asegura que a la llegada del Oidor mencionado a esta provincia, «hasta la minería se hallaba en plena decadencia»⁵, ya que la legislación indiana ofrecía amplias garantías a la perezosa propiedad latifundista que sólo con aquel nuevo criterio equitativo en la repartición del suelo y del subsuelo, comienza a fracturar el viejo modelo de acumulación ociosa. Se respiraba un ambiente de *huelga general* motivado por usureros y terratenientes que sólo «trataban de convertir al resto en *mano de obra*» y «ese resto se resistía a ello»⁶. Lo que López documenta es cómo la contradicción entre las aspiraciones de una mayoría trabajadora (que desembocará en la Independencia) y un poder petrificado que inmovilizaba la vida económica, lleva no sólo a la lucha de emancipación, sino a una opción desesperada y rotunda por la ideología del progreso que no se yuxtapone a la mentalidad católica. Tanto la percepción de la colonia como de Medellín en Carrasquilla, se documenta en obras como las de Uribe Ángel, la *Historia de la Nueva Granada* de José Manuel Rodríguez, *Historia de Antioquia (Departamento de Colombia) desde la conquista hasta el año de 1900* (1903) de Alvaro Restrepo Euse (1844-1910) y aún luego, en la obra de Alejandro López, por solamente citar algunas fuentes accesibles en aquella época. Autor de obras como *Monografía Estadística de Antioquia* (1915), *Idearium liberal* (1931) y *El desarme de la usura* (1933) entre otras, el Ingeniero Civil e Ingeniero de Minas Alejandro López Restrepo, fue sin duda uno de los contemporáneos que más pudo contribuir al medio intelectual en que tiene lugar la obra de Carrasquilla, ya que logró combinar la investigación empírica con una honda preocupación por los escasos recursos y esfuerzos que Colombia dedicaba a la cultura. La percepción del mundo colonial por Carrasquilla es parcialmente tardía dentro del contexto de su obra, si se tiene en cuenta que su actividad literaria se inicia 36 años antes con su cuento *Simón el mago* (1890), obra que no ha sido tenida en cuenta por muy diversos críticos a nivel

⁵ A. López, *Problemas Colombianos*. Ed. La Carreta, Medellín. 1976, pág. 22.

⁶ A. López, *op. cit.*, pág. 33.

internacional que coinciden en anunciar a *Frutos de mi tierra* (1896) como la primera obra de este escritor⁷.

A aquella agonía colonial, le seguiría una etapa de recomposición de los intereses acumulados y los sueños colectivos de las nacientes burguesías criollas, opuestas a la mentalidad hidalga que económica y políticamente se encontraba en decadencia. Con la independencia la *ciudad criolla* comienza a imponer su nuevo perfil a la sociedad, ya no podía *hervir a fuego lento* como antes de la independencia, en tanto que la distribución de la tierra, el mundo mercantil y las ideas de la ilustración exigían un mundo más dinámico. Aquella nueva burguesía, observa ingenuamente Carrasquilla en *Por más afuera* (1919), «no se cifra en blasones nobiliarios ni en méritos ajenos de antepasados ilustres, sino en sí misma y en sus facultades iniciales»⁸. Aquellas «facultades», se explican en el tráfico comercial con Inglaterra a través de Jamaica, la explotación independiente del oro y el comercio de éste, con el cual contribuyó a la guerra de independencia y al cubrimiento de la crisis fiscal que la sucedió, mediante el suministro y la especulación con la mayor parte de los créditos tanto a los sectores público como privado del país. Estas facultades se cifraban no sólo en la iniciativa y la disciplina, sino también en la práctica de la usura que ya había observado Mon y Velarde, la cual haría de las bancarrota un modelo de acumulación y de poder político⁹. Al lado de la especulación comercial, finalizando el siglo XIX y a comienzos del XX, se intensifica la producción parcelaria del café, la cual permite ampliar el mercado interno e irrumpe con fuerza en las exportaciones¹⁰. Esa distribución de la tierra también se reflejaría en las afueras de Medellín tal y como se observa en el relato mencionado:

Nada de latifundios por estas inmediateces medellinenses: tan parcelado está el terruño, que cada hijo de vecino, así sea mayor-

⁷ Para ejemplificar en el caso de la Hispanística alemana, *Simón el mago* no aparece incluida, por ejemplo, dentro de las recepciones del ambicioso *Autorenlexikon Lateinamerikas* (Dieter Reichardt Ed., Francfort del Meno 1994, págs. 386-387) o del todavía más ambicioso, intrépido y reduccionista «tratado» *Geschichte der lateinamerikanischen Literatur im Überblick* (*Historia de la literatura latinoamericana a nivel panorámico*, Ed. Reklam, Stuttgart 1999, pág. 210) de Hans-Otto Dillen.

⁸ T. Carrasquilla. *OC.* t. 1, pág. 778.

⁹ Al respecto *vid.*: M. Arango Jaramillo. *Los funerales de Antioquia la Grande*. Ed. J. M. Arango. Medellín. 1990, págs. 73-135.

¹⁰ Al respecto *vid.*: F. Botero Herrera. *La industrialización en Antioquia-Génesis y consolidación 1900-1930*. Centro de Investigaciones Económicas de la Universidad de Antioquia. Medellín. 1984, págs. 15-50 y 131-174.

domo de magnate, asienta su fogón en lo propio. De aquí el esmero en sus casas, en los trabajos de su vida ordenada de gentes patriarcales y hogareñas; de aquí sus aires y el prestigio que dan la posesión y la tenencia¹¹.

Mediante este modelo que comienza con Mon y Velarde, Antioquia, como las zonas que coloniza, basará su progreso a comienzos del siglo XX, en «el cultivo, procesamiento, empaque y transporte del café»¹². Pero indudablemente desde el mismo siglo XIX, este progreso ya venía desvaneciendo radicalmente esos lazos de fraternidad y equidad que distinguen a la región según lo observa Carrasquilla. La colonización antioqueña no fue sólo una proeza rosa. El colono, anota Marco Palacios (1983), se ve enfrentado desde un principio a «la inseguridad de la titulación jurídica» que termina por colocarlo «a merced de gamonales y fonderos en una atmósfera de incertidumbre» a la que subyacen diversas formas de criminalidad derivadas de la lucha por la tierra y por el territorio.

Carrasquilla logra reconstruir distintos momentos de aquella historia del desarrollo y del *retroprogreso*, en obras que van dejando en claro la combinación de un ímpetu progresivo y una degradación del ser frente a la sobrevivencia y la intolerancia. El medio cultural en el que se produce su obra se venía nutriendo de aquellos procesos de cambio y de no-cambio y va ganando un dinamismo en el que surgen muy variados tipos de escritores que harán parte de sus fuentes y de su crítica. Camilo Antonio Echeverri (1827-1867), por ejemplo, influenciado por Bentham, Destut de Tracy, Balmes y Santo Tomás, contribuía allí a la discusión pública de las ideas, aunque limitó su propio alcance por padecer la enfermedad del personalismo, pues «no tuvo nunca la conciencia —dice Sanín Cano (1861-1957) en 1932— de que el escritor debe usar de ciertas reservas en el empleo del pronombre personal de primera persona». Carrasquilla denuncia públicamente esta enfermedad del «afán de excederse a sí mismo» con el que muchos escritores buscan una supuesta originalidad, distinción y excepcionalidad, sin llegar a percibir que finalmente «adulteran su manera de sentir». Contrariamente, el escritor Juan de Dios Uribe, «El Indio», simboliza para Carrasquilla uno de los modelos

¹¹ T. Carrasquilla, *OC*, *op. cit.*, pág. 778.

¹² Vid. M. Palacios, *El café en Colombia 1850-1970*. El Colegio de México/El Áncora Editores. México. Bogotá. 1983. En particular: *La fábula de la colonización antioqueña*, págs. 293-316.

regionales que hace parte del tríptico que cierran Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía (1838-1913). En medio de muy diversas limitaciones culturales para la producción de la obra literaria, éstos representan, según Tomás Carrasquilla, «el carácter esencial» de aquella región. Juan de Dios Uribe llegó a constituirse, según Sanín Cano, en el primer escritor de invectiva política en Colombia. Había heredado una tradición ilustrada y, en medio de una falta de garantías básicas para la libertad de pensamiento, se decidió a escribir y a tomar parte activa de los conflictos políticos de la segunda mitad del siglo XIX. Esta lucha lo llevó a una permanente autoafirmación discursiva que da paso muy restringido a personajes diferentes al narrador, aunque logra una significativa cualificación narrativa y descriptiva como la de su descripción del día siguiente de la Batalla de *Los Chancos* (31 de agosto de 1876), en la que con sus observaciones capta el ritmo de la desgracia de una guerra. A esta riqueza descriptiva se agrega, según Carrasquilla, un «casticismo hipócrita» que estilísticamente lo coloca a la altura de sus contemporáneos españoles.

Hacia 1850, en una época cercana a la de los contextos históricos de *Simón el mago* y *Frutos de mi tierra*, el escritor antioqueño Juan de Dios Restrepo (1825-1894), quien escribió bajo el seudónimo de Emiro Kastos, hizo coloridas descripciones de costumbres y de perfiles humanos en los que hace evidente su deseo de superación del pasado moribundo de la colonia y avanza en el camino trazado por la crítica del «Indio» Uribe. Se expresaba en torno a la necesidad de una literatura que se preocupara del «curioso contraste que presentan en Antioquia los progresos materiales y el atraso intelectual, el buen sentido de la masas y su genial independencia, al lado de esa ignorancia supina en las cuestiones públicas y de ese indiferentismo estúpido con que se dejan gobernar por ciertas notabilidades retrógradas»¹³. Kastos insiste en la necesidad de racionalización de lo público. En su artículo *La Situación* (1855), le resulta inconcebible aceptar en aquella región, a ese tipo de *notabilidades*, el clero y los «gamonales», que en lugar de pagar sus contribuciones públicas «directas» y de promover la cultura en el pueblo, sólo se dedicaban a «fanatizarle» e «inspirarle pasiones rencorosas»¹⁴. La adolescencia de Carrasquilla transcurre en medio de aquellos odios que lo llevan a suspender los estudios a raíz del «toque de

¹³ Juan de Dios Restrepo, «Alpha»; en *Artículos Escogidos*. Biblioteca Banco Popular, v. 31. Bogotá 1972, pág. 42.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 165.

dispersión claustral» de la guerra de 1876-77, época en la cual la iglesia, en los Estados de Antioquia y el Cauca, consideró ilegítima la asistencia a las escuelas estatales dominadas por el liberalismo¹⁵. Esta Guerra, según Jaramillo Uribe (1984), interrumpe la reforma a la educación que habían emprendido los radicales hacia 1870 (un año después de que en Medellín se fundara el Seminario Conciliar) que, mediante la misión de pedagogos alemanes, dice Antonio José Restrepo, «había renovado en aquellas montañas todos los métodos educativos, y puesto al Estado conservador por excelencia, a mayor altura quizá que la lograda para el resto de la nación»¹⁶. Precisamente estos «valores», «los fardos y la usura, la murmuración y las antipatías» (Kastos, p. 205) entre «camanduleros» y «zurriagueros», a los que alude este «antepasado» de Carrasquilla y su llamado a que la literatura se ocupe de los contrastes regionales, aparecerán expuestos de manera refinada, en *Simón el mago* y *Frutos de mi tierra*. En *Frutos de mi tierra* por ejemplo, Carrasquilla hará visible un interior de camándula, bastante sobrio, en el que la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro supera al médico que trata al enfermo Martín Gala. No sólo en las iglesias reposaban los y las santas patronas de los barrios. Todas las instituciones públicas y aún las fábricas construyen altares y habilitan espacios interiores y exteriores para las imágenes religiosas. La Virgen del Carmen, protectora de los choferes, se perpetuaría en cada bus de servicio público, al tiempo que representada en el escudo municipal, sobre un castillo que Medellín nunca tuvo, Nuestra Señora de la Candelaria, con una antorcha encendida y con el niño en los brazos, se constituía en el icono oficial de la ciudad. Este culto a la imagen adquiere la forma de un consumo «devoto» que se veía nutrido por la oferta en serie, de litografías y estatuillas de santos, veladoras y escenas sagradas, una actividad comercial universal, que va desde talleres de artesanos hasta las iglesias y sus tiendas, cuyo negocio no resulta muy distinto al que emprende Agustín Alzate con los zapatos de su difunta madre en *Frutos de mi tierra*. En *Ermita* (1914), Carrasquilla describe la parroquia de San Miguel de los Ángeles en Medellín. En ella observa un mundo religioso al que define con sinceridad, pero con ironía como «la patria de los bienaventurados» Pero a esta disimulada descripción irónica de

¹⁵ L.J. Ortiz Mesa, «Antioquia bajo el federalismo» en *Historia de Antioquia*, Presencia 1988, pág. 123.

¹⁶ J.A. Restrepo, «Medellín» (1925), en *Prosas Medulares*. Ed. Lux, Barcelona, 1929, pág. 12.

la religiosidad, le es contemporánea la descripción apologética de un Marco Fidel Suárez o de Epifanio Mejía.

Con su cuento fantástico y social, *Simón el mago*, que transcurre en el campo —al parecer en su pueblo natal Santo Domingo—, durante la segunda mitad del siglo XIX, inaugura su fina percepción del mundo infantil, alrededor del cual traza un colorido local que permite acceder a un contexto socio-cultural en el cual lo fantástico es la estrategia discursiva que permite disimular la crítica de la sociedad tradicional. Relatadas por un niño, las leyendas regionales se mezclan con la superstición y los valores religiosos, de tal forma que dominan el primer plano de la narración y poco a poco va dejando traslucir la fuerza obtusa de la fe que finalmente motiva el discurso fantástico de Antoñito. Carrasquilla describe aquí una problemática cultural de la «inserción social de la infancia»¹⁷, pues el tabú genera una fantasía en el niño que va a ser castigada por el padre y que sólo tiene eco en la criada de la familia, la negra Frutos cuyo lenguaje hablado es llevado de manera magistral a la lengua escrita por Carrasquilla. Liberada y desarraigada de la familia, Frutos es una conocedora de leyendas que alimenta la curiosidad y los temores del niño, con quien transgrede y refuerza «lo prohibido» y a quien corresponde con sus propias supersticiones y su afecto. En su pretensión de volar Antoñito se accidenta y es duramente castigado. El cuento termina con su convalecencia y con pesadillas que lo atropellan. En ellas Frutos vuela burlándose de él y ve a su madre en un ataúd negro. Finalmente es reprendido por el sabio del pueblo quien le dice:

Sí, mi amiguito: todo el que quiere volar, como usted... *chupa!*¹⁸.

Carrasquilla no sólo se introduce en la psique del niño y elabora con ella un discurso estético en torno al mundo infantil y la fantasía, sino que deja al descubierto, con su colorido local, las contradicciones universales de la fe católica, la familia y el autoritarismo en cuanto trasfondo de la superstición. En *Hace Tiempos-Memorias de Eloy Gamboa* (1935-36), es notable la continuidad de su ocupación con la psicología infantil, aunque en este caso hace evolucionar a su personaje y lo orienta en el camino de la integración social.

¹⁷ Vid. J. Martínez Gómez, «El cuento hispanoamericano del siglo XIX» en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo II. Ed. Cátedra. Madrid. 1993, págs. 240 y 238.

¹⁸ T. Carrasquilla, *OC*. t. 1, pág. 517.

A la ausencia de colorido local en la literatura colombiana dedica, entre otros escritos, sus *Herejías* de 1897 y sus dos *Homilias* de 1906. En este último año establece un debate con el escritor Abel Farina acerca del problema de la debilidad estética que implica evadir la región, para dedicarse a hacer literatura con «regionalismos extranjeros» sobre los que o no se está suficientemente informado o frente a los cuales se carece de una experiencia vital. En el mismo año, «exiliado» en el campo como «despensero» de una mina, se dirige nuevamente a Max Grillo (29-10-1906) quejándose de que la fama del humanista por decreto, Guillermo Valencia, se había constituido en una moda que «nos ha matado en la tierruca del maíz: todos resultaron Valencias», y agrega «aquí ya no hay quien cargue la herramienta: todos somos genios y almas enfermas»¹⁹. Refiriéndose a la novela *Tierra Virgen* de Eduardo Zuleta (1862-1917), en la que se describe la vida de las minas, Carrasquilla observa que «en ella aparece la región, pero no el colorido local» y, para matizar esta afirmación agrega que temáticamente «ni Medellín ni Antioquia son la posteridad» para la definición del espacio que ha de abarcar una obra, ya que «si la novela es un harapo, se hundirá en la nada»²⁰. Por aquel entonces le resultaba difícil a la miopía de las elites intelectuales colombianas entender una propuesta que conjugara la búsqueda de la región, distanciándose de la apologética literaria de la misma, porque como señala Gutiérrez Girardot, «a diferencia del *humanismo* conservador santafereño, desde Caro hasta Luis María Mora, del *cosmopolitismo* municipal de Valencia y del neocomenderismo sabanero de Rueda Vargas, la obra de Carrasquilla descubrió la “otra sociedad” en que consistía Colombia»²¹.

En su *Carta Abierta* (1906) al Dr. Alfonso Castro (1878-1943), un desagravio público que escribe bajo el nombre de su defendida Laura Montoya, se observa una fina simulación de género. Denuncia no sólo que Castro en su novela *Hija espiritual*, presenta a la firmante, una maestra de escuela de Medellín, como una católica militante que deforma a sus discípulas, sino que también advierte acerca de la pobreza estética de Castro en materia de simulación, es decir al panfleto literario que renuncia a la expresión para dedicarse a la expiación. Ella-Él, se refiere a que en Colombia no se puede hablar de

¹⁹ T. Carrasquilla, OC. t. 2, págs. 768/69.

²⁰ T. Carrasquilla, «Herejías». 1897. OC., t. 2, pág. 638.

²¹ R. Gutiérrez Girardot. *La literatura colombiana en el siglo XX*. Manual de Historia de Colombia. Tomo III. Procultura ICC. Bogotá. 1984, pág. 470.

la existencia de escuelas de propaganda conventual como si de propaganda católica, que a su juicio son todas. La defensa que aparece como autodefensa, muestra las contradicciones sobre lo religioso en uno de los contextos regionales más católicos de Colombia y desvela la militancia catolicista de los partidos, cuya esterilidad racional los lleva a dirigirse «contra los incrédulos, si el antro se tiene por católico» y «contra los católicos, si se tiene por incrédulo». La supuesta escritora demuestra no haber incurrido en las acusaciones hechas en la novela y se justifica como beata en medio de aquella intolerancia, es decir, quien se recluye como una de esas almas «sedientas de infinito». La Carta, como lo recuerda en *Pax et concordia*, es una defensa personal de una mujer y ante todo, una reflexión sobre el acceso de la mujer a la educación. Muestra como las «escuelas de señoritas» son objeto de burla por parte de los hombres en aquella Medellín de principios de siglo, donde se promueve el acceso de la mujer a la educación, pero donde es motivo de ofuscación que se forme a ésta «según el padre Astete». Además de contribuir a una reflexión en torno al género, el aporte más significativo radica en el perfil público de una discusión que al mismo tiempo cuestiona como la banalización de la obra literaria deja de lado el medio donde las circunstancias se producen.

Esta incisiva crítica a la sistemática evasión del esfuerzo por hacer de la región una categoría estético-social de la literatura nacional tiene en su *Homilía No. 1* (1906) una expresión más radical. Allí el escritor se pregunta por ejemplo: «¿En Antioquia podrá pelear, acaso, la planta decadente? ¿Tienen Medellín y Manizales alguna analogía con París o con otra capital europea? ¿La sugestión y la influencia de libros extranjeros pueden equivaler a las del medio? ¿La lectura influye de igual manera en la ciudad que en la montaña?»²². Es decir, cuestiona el problema del «dandismo cerebral» en relación con la recepción y el proceso de construcción de los modelos. Ya habría de reiterar estas observaciones a Abel Farina acerca de que el afán de universalismo en Colombia, se caracterizaba por «artificioso» y «procurado». Sus observaciones sobre Baudelaire, Verlaine y Mallarmé frente a sus imitadores colombianos, léase José A. Silva y Guillermo Valencia por ejemplo o el propio Max Grillo, son, menos que un llamado al provincialismo, una exaltación del contexto de aquella literatura francesa y un llamado a no dejarse intimidar por la región para así poder asumir los «accidentes regionales, provinciales, domésticos» como escenario para la

²² T. Carrasquilla, *OC*, t. 2, pág. 670.

elaboración de tipologías psicológicas, sociales y etno-culturales, donde la «información moderna» y los modelos entren en diálogo con la apropiación del medio. Concebir el medio en imágenes y en discursos, lo llevan a entender que la llamada «ortografía bárbara», la cual ofrece una apariencia arcádica, es un camino que le permite al escritor avanzar en la comprensión de la «barbarie del lenguaje». Pero sería un error creer que Carrasquilla sólo deja un *registro* del lenguaje. Efectivamente registra, pero el manejo estético de la expresión y la modelación de personajes, medios locales y situaciones, recrean las dimensiones culturales de un fenómeno lingüístico y sociológico, creando con ello las bases para un estudio de los lenguajes autoritarios en Colombia.

Más crítica aún es su *Homilía No. 2* (1906). En ella demuestra que la literatura, tanto a nivel local como nacional, se encuentra detenida en un ajustamiento a fórmulas instituidas que iban en detrimento de la espontaneidad y la amplitud. Deja clara su opción por la *hipocresía* como estrategia estética para la disimulación discursiva, no sin matizar que «el que siente su mentira» tiene mayores posibilidades de cautivar en virtud de la originalidad que quien sólo repite fórmulas, pues él se concebía como aquél que amaba las «falsificaciones» en el mundo real y la sinceridad en el ficticio. Se opone a las fórmulas por la «necesidad» de traicionarse a sí mismo en materia artística, pero al mismo tiempo entiende que la especificidad de la inteligencia americana, no significa una renuncia al mundo hispánico y sus «fórmulas» culturales, sino un desarrollo de aquella herencia y un enfrentarse permanentemente a su propio contexto como medio de autopercepción y como material digno de ser universalizado. En esta segunda *Homilía*, hace gran énfasis en la figura de Nietzsche, en quien se inicia mediante la influencia del profesor de Metalurgia de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, el escritor Francisco Gómez Escobar (Efe Gómez, 1873-1938), quien en obras como *Guayabo Negro* (1923), expone problemáticas sociales donde el alcohol y el sentimiento de amenaza desembocan en el crimen. Carrasquilla da noticia acerca de la recepción de Nietzsche en Antioquia, hace referencias a bibliotecas privadas y a recepciones como las de Sebastián Hoyos o a ciclos de conferencias que fueron cancelados por «inconvenientes» en aquellos primeros años del siglo XX. Sanín Cano escribía en Londres hacia 1913, que mientras en Inglaterra sólo algunos años atrás, comenzaba a difundirse en inglés la obra del pensador alemán, «hace veinte años, en una remota capital sudamericana, las obras y las ideas de Nietzsche eran alimento de los estudiosos y materia de alusiones en la

prensa diaria»²³. En Carrasquilla, Nietzsche no es sólo objeto de algunas noticias bibliográficas, sino de parodias con las que alude a sus evidentes influencias en Blasco Ibáñez y al bajo nivel de recepción entre los modernistas y en otros escritores tan difundidos como Juan Valera, en quienes observa una falta elemental de algo que él consideraba como valores capitales de la obra del filósofo, la austeridad y la sencillez. Con sus alusiones al filósofo alemán pone de relieve la originalidad y esfuerzo reflexivos de éste, pretendiendo no tanto una discusión científica —de la que de antemano toma distancia—, sino criticar una imagen acartonada de aquel pensador al que se citaba por doquier sin caer en cuenta que esto era «como si los zapateros sacasen en andas a quien les quebró las hormas»²⁴.

Pero Carrasquilla, consecuentemente, venía produciendo una obra que por primera vez en Colombia, lograba construir una propuesta estética en la que combinaba el colorido local con modelos caracterizados por la pertinencia. A ello responden la obra de Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y Juan de Dios Uribe, fuentes provenientes de la literatura regional sin las cuales tampoco hubiera sido posible su obra, ya que constituían el punto de diferenciación, es decir, la especificidad de aquella región en el contexto nacional. A éstos les corresponde una época en la que se carecía de un acceso básico a múltiples modelos y al comercio literario, pero también un momento (hacia 1884) en el que paralelamente a las ideas de la ilustración, se presenta una gran afluencia de la literatura española. Se lee atentamente a Zola, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, Leopoldo Alas Clarín, Pereda, y Palacio Valdés entre otros tal y como lo testimonia Sanín Cano en *Medellín hace sesenta años* (1944), donde en el medio intelectual «no era permitido ignorar el sentido y la intención de *Doña Perfecta*, *Pepita Jiménez*, las críticas de Clarín y los descubrimientos de la Pardo Bazán».

Al lado de sus grandes obras, Carrasquilla ofrece múltiples descripciones y escenificaciones tanto del campo como de la naciente gran ciudad, en este caso Medellín, aunque no podemos olvidar su percepción de Bogotá en cuanto a sus valoraciones sobre el rastacuerismo intelectual capitalino. Mientras en Silva encontramos personajes rodeados de encajes, muros de vidrio, sacos de oro y demás hernias simbólicas, en Carrasquilla encuentra el lector un diálogo directo con una narración que, mediante la exageración, la ironía y el

²³ B. Sanín Cano, «Nietzsche y Brandes» en *Escritos*, Biblioteca Básica Colombiana, 23. Bogotá, 1977, pág. 143.

²⁴ T. Carrasquilla, *OC* t. 2, pág. 688.

humor, racionaliza y reconstruye histórica y sociológicamente un medio local y regional que la moda literaria relega al plano del costumbrismo o al de la ignorancia deliberada en la pretensión por situarse al nivel de los europeos. Rico en color, medida y condensación descriptiva es uno de sus relatos epistolares sobre Argelia de María, «el tullido pueblo» de su exilio a principios del siglo XX. Allí desfilan en procesión, con ocasión de una visita de Su Ilustrísima Monseñor Caycedo al apartado lugar, la curiosidad e ingenuidad campesinas junto con las damas del pueblo y el maestro de escuela, todos luciendo «el único lujo del pobre: el aseo». En aquel ambiente aldeano de su acuarela, es perceptible su afirmación de que el simbolismo radical es aquel «que se funda en lo humano» y «no en el símbolo mismo». Y es precisamente esta concepción del arte como autopercepción estética del ser y no del modelo, lo que motiva sus reflexiones sobre su profesión de escritor. En una carta fechada en 1898, escribe a Max Grillo, que siempre permanece en medio de una paradoja en su labor, ya que escribir de acuerdo a su concepto de la estética, lo lleva a chocar con el gusto del gran público y escribir de acuerdo con éste, lo lleva a reñir consigo mismo y a obrar con «servilismo». La paradoja indica las tensiones del escritor de oficio frente a la institución de la opinión pública. Precisamente le confiesa a Max Grillo que por desgracia tiene que escribir, ya que se encuentra «alquilado a los Alphas» y que sólo el «vil lucro» lo obliga a ello. Su «exilio» en el campo puede atribuirse también, no sólo al valencianismo reinante, sino a la extravagancia de la elocuencia en materia de discusión literaria que ya había observado y vivido de manera más cruda en Bogotá.

Sus recepciones acerca de exposiciones de pintura como las de Ricardo Gómez Campuzano y de Pedro Quijano, informan de un lado acerca de que su vínculo con la producción artística no sólo se restringe a la literatura y, del otro, que el medio ciudadano de Medellín hacia 1914, le permite experimentar la vida cultural, no sólo a partir de la novela o el cuento, sino la crítica de arte, en cuanto modalidad vinculada al mercado del arte que dinamiza el debate público y que nutre la labor literaria misma. Un año antes, en *Reconquista* (1913), un trozo de crítica teatral dedicada a Jacinto Benavente, hace una valoración muy diáfana sobre el contexto intelectual al que arribaba la obra del dramaturgo español. En la citada obra de Sanín Cano, también encontramos noticias como de que en aquella ciudad alejada de Bogotá por doce días, un ejemplar de la María «pasaba de casa en casa, bañado en las lágrimas del vecindario». Luego de medio siglo, si bien había cambiado esta situación tan extrema y paradójica de «aislamiento» y «consumo» literario

intensivo, no dejaba de comportar algunos rasgos de los enunciados por Sanín Cano. En su reseña sobre la representación de *La Noche del Sábado* por parte de la Compañía de Virginia Fábregas, dice Carrasquilla de Medellín que en «este medio incipiente, donde la vida de urbe apenas se inicia; donde gozamos del arte más por informes que por propia experiencia, nos acogemos al libro, como único refugio»²⁵. Precisamente el aislamiento y la escasez generaban una tensión muy específica en torno al hábito de la lectura. Pero otros eventos culturales participan de la divulgación de la obra de arte. En *Tema trillado* (1919), Carrasquilla analiza las características del «concurso para un cuento entre señoras y señoritas», el cual tenía como antecedente una labor poética femenina que databa de cincuenta años atrás y de la cual podían dar testimonio colecciones como *El Cóndor*, *El Rocío*, *El Oasis*, *El Mosaico* y *La Palestra*. Estas colecciones habían venido consolidando hábitos de lectura y de escritura femeninos que no reñían con los principios católicos de construcción del hogar ya que estaban integrados, además, a tal propósito. Informa el escritor que a este concurso se presentaron cincuenta y dos producciones y que las obras premiadas fueron publicadas en el diario *El Colombiano*, es decir, la prensa local ya cumplía un papel de promoción y de divulgación de la literatura y de la crítica literaria que contribuían a la formación del escritor. Esta formación contaba todavía con muchas limitaciones, sobre todo de material de estudio y del acceso a lenguas extranjeras. A superar este tipo de obstáculos, contribuye, Luis López de Mesa (1884-1967), un contemporáneo tardío de Tomás Carrasquilla, quien preocuparía a la iglesia con obras como *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (1930) y sobre todo *De cómo se ha formado la nación colombiana*, en las que expresa públicamente reflexiones de tipo positivo acerca de los obstáculos progreso en Colombia y del trasfondo de las ideologías partidistas que ya se habían preformado en Emiro Kastos entre otros. Carrasquilla es consciente de estas limitaciones sociales a las que la literatura colombiana debe enfrentarse, y ello explica el porqué de su motivación por la documentación (que se lee en su admiración por Galdós) y por la experiencia directa, ante la escasez de aquélla. En *Pax et concordia* (1931), refiriéndose a Fernando González (1895-1964), admite que «los libros de filosofía, son muy difíciles de apreciar en nuestro medio». En detrimento de su obra, muchos se han empeñado desde entonces en calificar la obra de González como filosófica, sin valorar que este escritor, no contaba con el aparato científico-docu-

²⁵ T. Carrasquilla, OC. t. 1, pág. 765.

mental que Carrasquilla ya había percibido y que en López de Mesa apenas se insinuaba. Esta recepción populista, olvidaba que con obras como *Viaje a pie* (1929), *Don Mirócleles* (1932) o *Mi Compadre* (1934), para sólo restringirnos a aquéllas que son coetáneas al Carrasquilla tardío, González lograba en lo fundamental, burlarse del oficialismo literario, político y clerical del momento. La afirmación de Carrasquilla frente a este escritor denota prudencia frente a su obra, pero no dejaba de inscribirse en un meta-nivel de aquella concepción «democrática» de la Filosofía y de las Ciencias del Espíritu y de los títulos universitarios (sobre todo el de «doctor») que hasta hoy, en el caso en mención, sólo han contribuido a enturbiar el valor literario de la obra de aquel contemporáneo de Carrasquilla, cuyas reflexiones y estilística contribuyeron en la formación de la literatura nacional y sobre todo, a avanzar en la expresión literaria de la especificidad regional. En esta dirección interviene la obra de Efe Gómez. Carrasquilla encuentra en ella «una potencialidad desproporcionada a nuestro medio incipiente y montaño», ya que se trata de un escritor que cultiva muy diversos géneros y se encuentra vinculado a la labor sociológica.

En carta a Joaquín Yepes de 1896, aclara que en *Frutos de mi Tierra* se orienta a través de Palacio Valdés y que problemas como los del despojo de la difunta no tienen por qué escandalizar, ya que es algo tan común, «que casi es costumbre». Con ello aludía a un propósito fundamental de su novela, es decir, escenificar el proceso de secularización que acontecía en la ciudad y enmarcado en él, la problemática de la sobrevivencia que se ve motivada por la ya masificada religión del dinero que terminaría por exterminar todo vínculo de lealtad y amor familiares. Allí cae hasta la figura del macho, el acobardado y perezoso Agustín Alzate, declarado como «hombre perdido» por su hermana Filomena, quien deseaba «un muchacho dócil, que se dejara gobernar por ella solamente»²⁶, llegando a elegir de la forma más equivocada al vividor César Pinto, su sobrino bogotano, que mediante el engaño y la simulación, supera todas las crueldades de esta lucha por la sobrevivencia y acaba con la figura de aquella fortaleza femenina y con un patrimonio familiar nacido del trabajo duro, el ahorro, la avaricia y la codicia. Por aquella época de progresos, de «su majestad el riel», ya Medellín inauguraba su red de energía eléctrica (1895) y su acueducto (1896) y poseía como Bogotá el fracasado Tranvía de mulas (1887), que sería suplantado por el eléctrico en los años 20. La época del progreso se apodera de Medellín, «en toda casita

²⁶ T. Carrasquilla, *OC*. t. 1, pág. 61.

así sea la mas humilde y desprovista se nota luego al punto pulcritud y arreglo» anota Carrasquilla. Las más grandes fábricas de textiles y de bebidas toman asiento allí y al mismo tiempo una gran obra de ingeniería civil, la disposición del río en línea recta, hace de éste la alcantarilla más colosal de una ciudad que no sólo quedaría dividida por sus aguas, sino por el principio del ascenso social de un Eloy Gamboa estrechamente unido a la voracidad de la ambición, la usura y el egoísmo de la familia Alzate.